

stitución que databa de los tiempos apostólicos. Eran consagradas por los obispos que les imponían las manos no para que participasen de las funciones sacerdotales, sino para ayudar a los Presbíteros en la administración de los Sacramentos y en las obras de caridad. Estaban, además, encargadas de enseñar a los catecúmenos de su sexo; cuidaban de las ropas del altar, y al recibir el velo, señal del cargo que estaban llamadas a ejercer, hacían voto de perpetua castidad.

Dieciséis años ejerció estas sagradas funciones y en este tiempo sufrió grandes pruebas y trabajos. Padebió varias enfermedades muy dolorosas, y se vio combatida por la calumnia, y fueron tantas y tan extraordinarias las penalidades que sobre ella llovieron, que sus ojos no dejaron de verter lágrimas, según dice también San Juan Crisóstomo⁴. Este santo sucedió a Nectario en la sede de Constantinopla y fue grande su aflicción al ver a una gran parte de los habitantes de la ciudad entregados a la corrupción y divididos por grandes rencillas y antagonismos. Pero, al mismo tiempo, recibió un gran consuelo al saber que existía un número respetable de personas consagradas a la práctica de la virtud y a procurar la salvación de las almas extraviadas por el pecado.

Al frente de aquella piadosa actividad se hallaba Olímpíada, cuyo celo verdaderamente apostólico vino en ayuda del santo Prelado, compartiendo con él los trabajos y las persecuciones de que fue objeto, siendo su principal cooperadora en toda obra de caridad, como lo demuestra el hecho de haber fundado a sus expensas un hospital y un hospicio en Constantinopla. Cuando el temblor de tierra que el año 400 destruyó a Calcedonia, el santo Prelado y nuestra Santa fueron los únicos que tomaron a su cargo el mantenimiento de pueblos enteros, y a este propósito, se decía: “La emperatriz Eudoxia recibe las adulaciones del universo, pero Olimpia es quien oye los suspiros y recibe las bendiciones del mundo.”

El celo apostólico de San Juan Crisóstomo concitó contra él a todos los enemigos de la Iglesia, cuyos errores y vicios fustigaba con santa libertad cristiana, sin que sus censuras se detuvieran ante ninguna consideración mundana. Esto disgustó extraordinariamente a la avara y altanera Eudoxia, que no perdonó medio alguno para conseguir su deposición, llegando al extremo de reunir un conciliábulo en las cercanías de Calcedonia, en el que logró, al fin, sus criminales intentos. Cuando los soldados de Arcadio fueron a buscarle para con-

ducirle a Preneste, en Bitinia, se hallaba Olímpíada a su lado en la Iglesia de los Doce Apóstoles, y le acompañó hasta la nave, en donde fue apresuradamente embarcado, para evitar que el pueblo se levantara en favor de su Prelado.

Esto sólo lo consiguieron en parte los enemigos del Santo, pues si bien lograron que el pueblo de Constantinopla no pudiera impedir, por ignorarla, la partida de su amado Obispo, así que la advirtió, acudió tumultuosamente al palacio imperial, reclamando a grandes gritos que les fuera devuelto San Juan Crisóstomo, y como con este movimiento popular coincidiera otro de la tierra que hizo temblar las paredes y el suelo de la cámara del emperador. Eudoxia, poseída de espanto, se apresuró a levantar el destierro al santo Prelado, enviando una y otra vez emisarios que lo detuvieran y le hicieran volver.

La paz que con esta medida reparadora recobraron los espíritus fue de corta duración, pues ni el rencor que Eudoxia guardaba a San Juan Crisóstomo se desvaneció, ni los enemigos del santo Obispo le perdonaban el celo apostólico que descubría y desbarataba sus maquinaciones contra la Iglesia de Cristo, y algunos meses después los soldados de Arcadio invadieron de nuevo la morada del santo Prelado, quien, para cortar un nuevo levantamiento popular, se entregó voluntariamente a los arqueros del emperador, saliendo de la basílica de Santa Sofía por una puerta excusada.

Antes de dejar el bautisterio, según refiere Paladio, hizo llamar a Olímpíada y a las demás diaconisas para darles sus últimas instrucciones.

“Venid, hijas mías, les dijo, y escuchad por última vez a vuestro padre. Según todas las apariencias, las cosas de la vida pronto tendrán fin para mí. He terminado mi carrera, y es muy probable que no volveréis a ver mi rostro. Sólo os pido una cosa: que conservéis para esta Iglesia la adhesión con que la habéis servido hasta aquí. Recibir por Pastor al que os sea designado por el común sufragio del clero y del pueblo, e inclinaos bajo su bendición como lo habéis hecho ante la de Juan. Y ahora, hijas mías, os dejo confiadas a la misericordia del Señor, y no me olvidéis en vuestras oraciones”.

Olímpíada y sus compañeras se postraron a los pies del santo Obispo anegadas en llanto, sin querer, en modo alguno, separarse de él.

“Levantadlas, dijo a uno de los sacerdotes, y conducidlas a su morada, a fin de que sus gemidos no sean oídos por el pueblo.”

A estas palabras las santas mujeres se calmaron y contuvieron sus sollozos.

Cargado de cadenas fue conducido San Juan Crisóstomo al interior de Armenia, y durante su largo viaje, que duró varios meses, no dejó de pensar en Olimpia, cuyas virtudes regocijaban al cielo. Apenas llegó a Cesárea de Bitiniam, escribióle para consolarla de su partida ⁵:

“Veo en todas partes, le decía, grupos de hombres y mujeres que vienen a llorar por mí. Esas lágrimas me hacen pensar en las que derramáis, sin duda con más abundancia; pero pensad que en lo más fuerte de la borrasca un piloto no larga sus velas, sino que, al contrario, las recoge para moderar la velocidad de su embarcación. Moderad, pues, vuestro dolor.” ⁶.

Llegado a los pocos días a Nicea, volvió a pedirle noticias de su persona, suplicándole que despidiese su tristeza, y más lejos, en Cesárea de Capadocia, la conjuró a que no llorase más. Por último, al llegar al lugar de su destierro, le escribió nuevamente, y durante los tres años de su expatriación la correspondencia de ambos santos continuó sin interrupción.

El mismo día que San Juan Crisóstomo salió de Constantinopla, un incendio, cuya causa no pudo averiguarse, redujo a cenizas la basílica de Santa Sofía. Los partidarios de San Juan Crisóstomo fueron acusados como autores del siniestro, y los que más se habían distinguido por su adhesión al santo tuvieron que comparecer ante los tribunales. A este número pertenecía Olímpida, que fue sometida por el prefecto Filato al siguiente interrogatorio:

—¿Por qué habéis incendiado la basílica?

—¿Yo?, respondió Olimpia. No es ese mi papel. Toda mi vida la he pasado levantando templos, y en esto he gastado toda mi fortuna, y ¿había de dedicarme ahora a incendiarlos?

—Conozco vuestros antecedentes, replicó el prefecto.

—Entonces, exclamó la santa viuda, ya que como acusador queréis acriminar mi vida, bajad de ese tribunal, venid a sentaros entre los testigos de cargo y llamad a otro juez para que entienda en la causa.

El prefecto, entonces, cambiando de tono, se esforzó en persuadirle que era una locura de su parte exponerse a tantos sinsabores y enemistades, cuando fácilmente podía evitarlos reconociendo como Prelado al intruso Arsacio, instalado en lugar de San Juan Crisóstomo

en la Sede de Constantinopla, no obstante las reclamaciones del Papa San Inocencia I.

—Estoy delante de tu tribunal, dijo entonces Olimpia, para sufrir la sentencia que quieras imponerme y no tus consejos. Pero has de saber que, si quieres obligarme a comunicar con Arsacio, jamás haré una cosa tan contraria a mi conciencia.

El prefecto, fingiendo moderación, dejó marchar a Olímpida, como para darle tiempo de preparar su defensa, y la Santa se retiró a la modesta vivienda que había tomado cerca de Santa Sofía con sus compañeras, y, aunque molestada por varias enfermedades y por las continuas vejaciones de que era objeto por su adhesión inquebrantable a la fe católica, no dejó de escribir a San Juan Crisóstomo cartas llenas de una afectuosa veneración, hablándole de los trabajos que padecía como de cosas de poca importancia.

El santo Prelado, a su vez, la felicitaba por su valor, que en un cuerpo tan débil y en una salud tan precaria, hacía de ella el sostén y la fuerza de una gran ciudad, donde sin salir de su morada, sin mostrarse en público, inflamaba con su propio heroísmo a los defensores de la verdad ⁷.

Pronto se vio obligada nuestra Santa a refugiarse en Cícico; mas, arrestada allí y conducida a Constantinopla, tuvo que comparecer de nuevo ante el tribunal del prefecto, que le ordenó que reconociera a Arsacio por su legítimo Prelado, y ante su formal negativa, fue condenada a pagar al fisco doscientas libras de oro.

Por esta causa vio sus bienes confiscados y vendidos, dispersa su amada comunidad, y lo que para ella era todavía más sensible, vio convertirse en enemigos de su persona a sus propios servidores, a quienes había colmado de beneficios. Sus compañeras más santas, con quienes la unía la más estrecha amistad, no fueron mejor tratadas, y al saber San Juan Crisóstomo el cúmulo de dolores que afligían el corazón de la santa viuda, le escribió lo siguiente:

“Una sola de vuestras aflicciones hubiera bastado para colmar vuestra alma de riquezas espirituales.” ⁸.

Estas y otras palabras del Santo sostenían su valor y le servían también de consuelo, distrayéndola de sus dolores las misiones que le confiaba, bien para la predicación de la fe católica en Persia y en Fenicia, bien para la propagación del Evangelio entre los godos acampados en las riberas septentrionales del mar Negro.

En esta santa obra sufrió también muchas persecuciones y, después de haber buscado refugio en diferentes ciudades, fue desterrada a Nicomedia, donde acabó su preciosa vida, dando ejemplo de todas las virtudes, el año 410.

No tuvo el consuelo de volver a ver al padre y guía de su alma, San Juan Crisóstomo, pero sus almas se encontraron en el cielo, adonde le había precedido al santo Prelado el año 407.

La fiesta de Santa Olímpida es celebrada por los griegos el 25 de julio, en que se cree que fue su glorioso tránsito, y por la Iglesia latina el 17 de diciembre. El arte cristiano suele representarla repartiendo limosnas.

-
1. El terremoto y el incendio.
 2. Carta III, n. 10, y carta VII, n. 4.
 3. Carta II, n. 10.
 4. Carta III, n. 10.
 5. V. Carta XI.
 6. Carta IX.
 7. Carta VI.
 8. Carta III, n. 10.

CARTA I

Enterado San Juan Crisóstomo del destierro de Santa Olímpada, que había tenido que dejar la ciudad de Constantinopla y refugiarse en Cícico, y de las enfermedades que había contraído, le escribió esta primera carta para consolarla. Por muy grandes que sean las desgracias temporales, nunca se debe perder la esperanza de un cambio en mejor. Dios aprieta, pero no ahoga. En este mundo no se debe temer nada, fuera del pecado. Todos los sucesos de la vida como las enemistades, las calumnias, la privación de los bienes, el destierro y aun la misma espada, son fábula y comedia que no pueden perjudicar el alma que vela en su fe.

Esta tesis la prueba con varios pasajes de la Sagrada Escritura (2 Cor., 4, 18; Is., 51, 7). Recuerda el caso de los tres jóvenes encerrados en el horno de Babilonia, las persecuciones de Jesucristo, las de la primitiva Iglesia y el martirio de San Esteban.

A MI SEÑORA EN EL SEÑOR, LA MUY VENERADA Y RILIGIOSISIMA OLIMPIA, DIACONISA, JUAN OBISPO, SALUD

De nuevo intento mitigar la llaga de tu tristeza y disipar los pensamientos que forman esta nube. Porque ¿qué es lo que te turba? ¿Qué cosa te aflige y te atormenta? ¿Por ventura esta tan horrible y tenebrosa borrasca que, desencadenándose sobre las Iglesias, y más horrorosa

cada día, va causando tantos naufragios que amenaza arruinar el orbe entero? También yo lo estoy viendo, y no hay hombre que negarlo pueda; más aun, si quieres, te trazaré un cuadro de los sucesos para presentar más clara ante tus ojos la tragedia. Viendo estamos al inmenso piélago, revuelto hasta sus más profundos abismos; los marineros, unos muertos y a merced de las tenebrosas ondas; otros, pereciendo: las naves, desunidas sus tablas, hacen agua; despedazadas y rotas las velas, tronchados los mástiles, abandonados los remos; los pilotos, sentados no al timón, sino sobre las tablas, las manos en las rodillas y tan faltos de consejos, que no saben más que lamentar, llorar y gemir; miran no al cielo, no al mar, sino a unas densísimas tinieblas y a una oscuridad tan imponente que no deja ver ni lo más cercano; y, finalmente, el horrísono rugir de las olas y los monstruos marinos que de todas partes se lanzan contra los tristes navegantes. Pero ¿a qué continuar explicando lo inexplicable? Mejor es desistir, pues no hay colores para pintar las presentes calamidades que no resulten pálidos si con la realidad los comparamos.

Y, sin embargo, a pesar de estar viendo tanto estrago, no pierdo la esperanza de mejores sucesos, poniendo los ojos en el soberano Gobernador de este universo, que no con arte ni industria supera la tempestad, sino con una ligera seña aplaca la borrasca. Y si no lo hace luego al momento, es esta costumbre suya no cortar desde el principio las calamidades, sino que cuando han ido en aumento y llegado al colmo, cuando ya muchos pierden toda esperanza, entonces suele hacer maravillas verdaderamente inconcebibles, mostrando de esta manera su poder y ejercitando la paciencia de los que soportan el peso de la desgracia. No desmayes, pues.

Nada es grave fuera del pecado. Dios tarda, a veces, en remediar las adversidades.— Porque una sola cosa hay grave y tremenda, ¡oh Olimpia!: un solo trance terrible: el pecado; todo lo demás es ficción y fábula: asechanzas, enemistades, fraudes, calumnias, acusaciones, improperios, afrentas, confiscaciones, destierros, agudas espadas, el proceloso mar y las guerras mundiales son nada; porque estas cosas serán todo lo graves que quieras, pero al fin pasan, son caducas y perecederas, sólo tocan al cuerpo y ningún daño causan al alma vigilante. Y así, queriendo San Pablo demostrar la nada de los goces y de las molestias temporales, las pintó con una sola palabra, diciendo: *Las cosas que se ven, temporales son; las que no se ven son eternas.*¹

Pues ¿por qué temes las cosas temporales, que pasan como los ríos? Tales son las cosas presentes, tanto las alegres como las tristes. Aún más: otro profeta toda la humana felicidad ni siquiera al heno quiso compararla, sino a otra cosa más vil y caduca, llamándola flor de heno. Y no a una parte sola, como las riquezas, el lujo, las delicias, el poderío, los honores, sino a todas las cosas que a los mortales parecen preclaras y espléndidas, comprendiéndolas en un solo vocablo, añadió: *Toda la gloria del hombre como flor de heno.* ²

2. Pero dirás: Pesada cosa es y acerba la adversidad. Pues mira cómo también a ésta la compara con otra imagen muy expresiva y la tendrás en nada. Porque las burlas y escarnios, las afrentas y oprobios, las molestias y estorbos causados por los enemigos y sus asechanzas y engaños, las compara a vestidos consumidos por el tiempo y a lanas carcomidas, diciendo: *No temáis los oprobios de los hombres, ni os arredren sus blasfemias, porque, como a un vestido, así los roerá a ellos el gusano, y como a lana, los devorará la polilla.* ³ Y así, no te turben acontecimientos, sino que, dejando de rogar a unos y a otros y de perseguir vanas sombras (que no otra cosa es el humano auxilio), suplica sin cesar a Jesús, a quien adoras, que haga una seña no más, y en un instante se disipará todo. Y si le has rogado ya y el mal no ha desaparecido, sabe que es uso de Dios, como antes dije, el no quitar luego las adversidades, sino que cuando de tal manera han crecido y aumentado que a los mismos que nos hacen la guerra les parece que no les queda maldad alguna que añadir, entonces, de repente, lo convierte todo en bonanza con inopinados cambios de las cosas. Porque puede hacer no solamente los bienes que aguardamos y esperamos, sino muchos más e infinitamente mayores. Y por esto decía también San Pablo: *A aquel Señor que es poderoso para hacer infinitamente más que todo lo que nosotros pedimos o pensamos sea la gloria.* ⁴ ¿Por ventura no podía haber impedido que aquellos tres jóvenes del horno de Babilonia ⁵ llegasen a tan terrible trance? Pero no quiso hacerlo, para granjearles inmensa gracia. Por eso permitió que cayesen en manos de aquellos bárbaros y que se encendiese el horno hasta una increíble altura, y la ira del rey se inflamase más atrozmente que el horno, y que ellos, amarrados de pies y manos con estrechas ataduras, fuesen arrojados al fuego; y cuando todos los que estaban mirándolos tenían su salvación por desesperada, entonces, finalmente, contra toda esperanza, se manifestó de repente el poder de hacer milagros

del excelentísimo Artífice divino y brilló por maravillosa manera. Porque el fuego fue amarrado, los que habían sido atados quedaron sueltos y el horno transformado en templo, fuente y rocío, resultó más augusto y magnífico que los mismos regios alcázares; y aquel voracísimo elemento, que vencía a hierros, piedras y cualquier otra materia, quedó vencido por los cabellos de los niños. Oíase allí el armoniosísimo coro de los santos invitando a todas las criaturas a entonar magníficos concentos; dirigíanle a Dios alegres himnos de acción de gracias por haber sido aherrajados, y, en cuanto de sus enemigos dependía, abrasados, de haber sido arrancados de su patria y llevados cautivos, despojándolos de su libertad, de carecer de sus ciudades y casas y vivir en el destierro en tierra extranjera y bárbara; todo esto es de corazones agradecidos. Mas luego que llegó a su colmo tanto la maldad de sus enemigos (porque ¿qué podían pretender más que la muerte?) como el valor y virtud de los atletas; cuando estaban ya entretejidas las coronas y ganados los premios; cuando nada faltaba a la gloria y esplendor de su nombre, entonces se desvanecen los males, y el que había encendido el horno y los había condenado a tan atroz suplicio él mismo ensalza a los campeones con maravillosas alabanzas y celebra el milagro hecho por Dios enviando cartas encomiásticas a todas las naciones, hecho pregonero fidedigno de las maravillas divinas, porque, siendo él enemigo y adversario, su testimonio estaba exento de toda sospecha y amaño.

3. Por tanto, no te turbes ni te apures por nada, sino dales siempre gracias por todo y alábalo y ruégale y suplícale, y aunque ante tus ojos veas mil tumultos y perturbaciones, mil y mil borrascas, nada te turbe ni te espante. Porque para la amorosa providencia que el Señor tiene de nosotros no hay dificultad insuperable, aunque hayan llegado las cosas a la mayor perdición y ruina. Porque poderoso es El para levantar a los caídos, reducir a los extraviados, corregir a los que tropiezan y a los que se han manchado con innumerables pecados, sacarlos del abismo en que están hundidos y hacerlos santos, dar vida a los muertos, restaurar con mayor esplendor lo derruido y renovar lo envejecido, puesto que haciendo, como hace, que comience a ser lo que antes no era y dando cada día el ser a nuevos seres, mucho más se enmendará, por cierto, lo que ya no existe o se ha hecho.

Pero son muchos los que perecen, muchos los que sufren escándalos. Pues también acaecieron muchas de estas cosas que recibieron

después medicina conveniente, aunque es verdad que no faltaron algunos que, a pesar de los cambios acaecidos, persistieron, pertinaces, en su incurable enfermedad. ¿A qué te apuras y desmayas de que unos hayan sido echados e introducidos otros? Cristo era puesto en cruz y Barrabás preferido, y el vulgo corrompido gritaba que se pusiese en salvo al homicida antes que al Salvador y Autor de tantos beneficios. ¿Cuántos hombres, si piensas, recibieron escándalo de esto y a cuántos fue ocasión de ruina? Pero conviene comenzar más arriba. ¿Por ventura no mudó de país el Crucificado apenas nació, emigrando ya desde su cuna con toda su familia en largo y penoso viaje a tierra bárbara y extraña? Derramóse con esta ocasión mucha sangre inocente; hubo gran destrozo y mortandad; tiernos niños eran acuchillados cual si fueran guerreros en batalla; arrancábanlos del materno regazo y les daban cruel muerte, y aún tenían en las fauces la leche cuando traspasaba sus gargantas el hierro; ¿hay cosa tan acerba y cruel como esta tragedia? Todo esto lo hacía el que buscaba a Cristo para la muerte, y, sin embargo, permitíalo el mansísimo Dios cuando se perpetraba tan horrendo crimen y corría tanta sangre; sufríalo, repito, pudiendo impedirlo, mostrando en los arcanos designios de su infinita sabiduría su inmensa ecuanimidad y clemencia.

Pues luego que, saliendo del país de los bárbaros, volvió a su patria y creció en edad, de todas partes le declararon guerra, y ya en los discípulos de Juan, a pesar del aprecio y estima en que éste le tenía, se despertó la envidia. Porque aquellas palabras ⁶: EL QUE ESTABA CONTIGO DE LA OTRA BANDA DEL JORDAN MIRA COMO BAUTIZA Y TODOS SE VAN CON EL, palabras son de hombres punzados ya de la envidia y tocados de esta enfermedad. Por esta causa, uno de aquellos discípulos que habían hablado así altercaba y debatía con un judío, disputando sobre las purificaciones y comparando el bautismo de Juan con el de los discípulos de Cristo. Pues luego que empezó a hacer milagros, ¿cuántas calumnias no tuvo que sufrir, llamándole unos samaritano y poseído del demonio: *Samaritano eres y demonio tienes* ⁷; otros impostor, diciendo: *Este no es de Dios, sino que trae embaucado al pueblo* ⁸; otros prestidigitador, diciendo: *Por arte de Beelzebud, príncipe de los demonios, echa los demonios*? ⁹. Estas cosas repetían y le llamaban enemigo de Dios, glotón, voraz y dado al vino y amigo de gente mala y perdida. *Vino, dice, el Hijo del hombre que come y bebe, y decís: He aquí un hom-*

bre voraz y bebedor de vino y amigo de publicanos y pecadores. Aún más: cuando hablaba con la pecadora, llamábanlo falso profeta, diciendo: Si éste fuera profeta, sabría quién y qué tal es la mujer que le habla ¹⁰. Finalmente, cada día aguzaban sus dientes contra El. Y no sólo se le oponían los judíos, pues ni siquiera aquellos que pasaban por hermanos suyos procedían con El sinceramente. Mira por lo que añadió el evangelista cómo estaban también mal afectos a El: *Ni sus mismos hermanos creían en El* ¹¹.

4. Ya que dices que muchos han padecido escándalo y se han apartado del camino recto, ¿cuántos discípulos crees que hubo en el tiempo de la pasión que sufrieran escándalo? Uno le entregó, otros huyeron, otro fue perjuro y, habiendo huído todos, sólo El fue llevado preso. ¿Cuántos hombres hubo que, habiéndole visto poco antes hacer milagros, resucitar muertos, curar leprosos, echar demonios, multiplicar panes y hacer otros muchos milagros, luego en aquel tiempo sufrieron escándalo viéndolo solo y atado, rodeado de viles y abyectos soldados, seguido de alborotados sacerdotes judaicos, detenido en medio de sus enemigos, presente e impune el traidor y jactándose insolente? Pues ¿qué cuando fue azotado? De creer es que se halló presente una gran muchedumbre, porque era una fiesta muy solemne adonde concurrían de todas partes, y en la metrópoli misma, la que había tomado sobre sí la tragedia de tan nefando crimen, y se celebraba a la luz del mediodía. ¿Cuánta muchedumbre, pues, no concurría, y al verlo atado, azotado, bañado en sangre y dando cuenta de Sí ante el tribunal del presidente, sin ver allí presente ni a uno de sus discípulos, quedarían escandalizados juzgándolo un gran criminal? ¿Qué al verlo burlado y escarnecido de mil maneras, coronado con corona de espinas, ahora vestido de una clámide vieja y desechada, ahora haciéndole empuñar por cetro una caña y adorándole de rodillas como a un rey de burlas, sin omitir finalmente género alguno de irrisión y escarnio? ¿Cuántos piensas quedarían escandalizados, agitados y perturbados al ver que le golpeaban las mejillas, diciéndole: *Profetízanos, Cristo, quién es el que te ha herido* ¹²; y que llevándole de acá para allá gastaban todo el día en mofas y denuestos, en risas y escarnios, y esto en medio de la pública asamblea judaica? ¿Qué al verle abofeteado del siervo del Pontífice? ¿Qué al partir sus vestiduras los soldados? ¿Qué cuando, desnudo y señaladas con los azotes sus espaldas, fue llevado a la cruz y levantado en ella? Porque ni siquiera entonces se

amansaban aquellas crueles fieras, sino que se precipitaban con mayor furor, agravándose la tragedia y aumentando los ludibrios. Porque unos decían ¹³: *¡Ah, Tú, que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas!* Otros también ¹⁴: *¡A otros ha salvado y a sí mismo no puede salvarse!* Otros, en fin ¹⁵: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz, y creemos en Ti.* Pues ¿qué decir al verlo cruelmente insultado con suma afrenta ofreciéndole para apagar la sed hiel y vinagre? ¿Qué al verle denostado de los mismos ladrones? ¿Qué de aquel horrendo y nefando crimen de que hice antes mención, es, a saber, cuando aquel ladrón y allanador de moradas, reo de muchos homicidios, dijeron que era más digno que Jesús de ser librado del suplicio a ruegos suyos, y dándoles el juez a elegir, recibieron ellos a Barrabás, porque estaban deseando no sólo crucificar a Cristo, sino hacerle aparecer como hombre infame, lo cual pretendían probar diciendo que era más criminal que un ladrón y reo de tantas maldades, que ni la misericordia ni la solemnidad de la fiesta podían librarlo del suplicio? Porque a esto dirigían todos sus tiros, a denigrarlo, y por eso crucificaron a sus lados a dos facinerosos. Pero la verdad no se oscurecía, sino que brillaba más espléndida.

Acusáronle también de ambición de reinar, diciendo ¹⁶: *El que se hace rey no es amigo del César.* ¡Alzarse rey el que no tenía donde reclinar su cabeza! Aún más, también le calumniaron de blasfemo, pues el Pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo ¹⁷: *Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de testigos?*

Pues ¿y su muerte? ¿No fue, acaso, violenta? ¿No fue como de reo merecedor de pena capital? ¿No fue propia de hombre execrable? ¿No fue vergonzosísima? ¿No fue como de aquellos hombres que, a causa de sus enormes delitos, son tenidos por indignos de exhalar su último aliento en ninguna parte de la tierra?

Y su sepultura, ¿no fue de prestado? Acercóse uno y pidió su cuerpo. A tal punto llegó, que ni sus parientes, ni sus discípulos, ni los enfermos curados, ni los muertos resucitados, nadie se hallaba que le diese sepultura. Desaparecieron todos, todos huyeron. Pues aquella voz siniestra y malintencionada que después de su resurrección hicieron correr, previniendo a los guardas: *Decid que han venido sus discípulos y lo han robado*, ¿a cuántos no perjudicó y engañó? Porque esta expresión, aunque falsa y comprada a precio de oro, entonces estuvo valida; valida de muchos aun después de los sellos, después del res-

plandor de tanta verdad. Porque la confusa multitud del vulgo ignoraba la doctrina de la resurrección. Ni es extraño, pues los mismos discípulos la ignoraban ¹⁸. *Porque ni sus discípulos sabían*, dijo San Juan, *que era preciso que El resucitase de entre los muertos*. ¿Cuántos, pues, si piensas, no serían inducidos a engaño en aquellos días, y, sin embargo, en su suave providencia lo permitía, gobernándolo todo con su arcana sabiduría?

5. Luego, después de aquellos días, los discípulos, otra vez escondidos, huidos, aterrorizados y medrosos ocultábanse andando de escondrijo en escondrijo; y cuando, pasados ya cincuenta días, empezaron a presentarse en público y a hacer milagros, ni siquiera con esto lograron seguridad. Pues, después de obrar muchos milagros, hubo aún mil ocasiones de escándalos para los débiles, viéndolos azotados ¹⁹, perturbada la Iglesia, expulsados ellos y sus enemigos vencedores en muchos sitios, con grandes tumultos y desórdenes, y otra vez los discípulos aterrados, huidos, angustiados y en continuo afán.

Pero aun así iban siempre en auge las cristiandades, floreciendo y teniendo felices comienzos con los milagros. Y uno era descolgado desde una ventana en una espuerta, escapando así de las manos del prefecto ²⁰; a otros los sacó un ángel y los libró de la cárcel; a otros también vejados y perseguidos por hombres ricos y prepotentes acogíanlos y agasajábanlos con todo género de obsequios hombres forasteros y pobres obreros, mujeres mercaderas de púrpura ²¹ y artesanos fabricantes de tiendas de campaña ²² y curtidores, habitantes de las riberas ²³, de las playas y de los barrios extremos de las ciudades. Muchas veces ni se atrevían a presentarse en medio de las ciudades, y si ellos se atrevían, no osaba nadie hospedarlos. De este modo, entre tempestades y bonanzas, se iba urdiendo la tela: los heridos se curaban y volvían a buen camino los extraviados, y lo que había sido derruido y asolado era restaurado con mayor arte y magnificencia. Y por esta causa, habiendo Pablo suplicado con grande empeño que el Evangelio se propagase en medio de paz y tranquilidad solamente, no le escuchó el sapientísimo y providentísimo Dios, ni cedió a sus ruegos por más que lo pidiese con grande instancia, sino que le respondió: *Bástale mi gracia, porque en las dificultades brilla mi poder y resplandece* ²⁴.

Si quieres, pues, ahora comparar con los sucesos prósperos los adversos, verás que si no hay hoy muchos portentos y milagros, hay,

en cambio, muchas cosas, en nada desemejantes a ellos, que son argumentos clarísimos del auxilio y providencia divina.

Pero a fin de que no sea todo oírme a mí sin trabajo alguno de tu parte, sea ésta la tuya reunir con cuidado y diligencia todas las cosas prósperas y compararlas con las molestas y acerbas, para que así, al paso que esparces el ánimo en una ocupación excelente, te libres a ti misma de angustia y de tristeza, pues de aquí sacarás grandísima consolación.

Afectuosísimos saludos a toda tu excelente familia. Quiera Dios, señora mía, religiosísima y digna de la mayor veneración, que goces siempre de completa salud y gran contento y alegría.

Si quieres escribirme más largo, dame minuciosamente cuenta de esto y no me engañes; es, a saber, que gozas de entera paz y tranquilidad, desechada toda tristeza y amargura. Pues éste es el blanco de mis cartas, proporcionarte grande alegría, y espéralas frecuentes. Pero no me digas que mis cartas te son de gran consuelo, que eso ya lo sé, sino que ha sido tanto como yo deseo: de manera que no vivas en aflicción y llanto, sino gozosa y tranquila.

1. 2 Cor., 4, 18.

2. Is., 40, 6.

3. Is., 51, 7 8.

4. Ephos., 3, 20.

5. Dan., 3, 21.

6. In., 3, 26.

7. In., 8, 48.

8. In., 7, 12.

9. Mt., 9, 34.

10. Lc., 7, 39.

11. In., 7, 5.

12. Mt., 26, 28.

13. Mt., 27, 40.

14. Mt., 27, 42.

15. Mt., 27, 40.

16. Jn., 19, 12.

17. Mt., 26, 65.

18. Jn., 20, 9.

19. Act., 5, 4.

20. 2 Cor., 11, 33.

21. Act., 16, 14.

22. Act., 18, 3.

23. Act., 16, 13.

24. 2 Cor., 12, 9.

CARTA II

En esta carta continúa San Juan Crisóstomo consolando a Santa Olimpiades. Dícele primero que contribuya también ella de su parte a desterrar la tristeza como el enfermo concurre con el médico observando bien sus prescripciones; y respondiéndole la Santa que aunque quiere, no puede, le dice que eso son excusas y pretextos, pues tiene bien conocidas las maravillosas virtudes de su excelente alma.

Lo que afligía a Santa Olimpiades, lo mismo que a San Juan Crisóstomo y a todos los buenos no sólo de Oriente, sino también de Occidente, que de ellas tuvieron noticia, como se ve por las cartas del Crisóstomo al Papa San Inocencio y de éste al Crisóstomo, eran las públicas calamidades originadas en gran parte por la persecución de que fue objeto San Juan Crisóstomo, parte por su celo en fustigar desde el púlpito los vicios de Constantinopla y parte por los manejos de los arrianos, novacianos y anomeos del envidioso Teófilo, patriar de Alejandría, que no veía con buenos ojos ni el engrandecimiento de la Sede patriarcal constantinopolitana, ni la fama del Crisóstomo, a pesar de ser tan pura y tan justamente adquirida por su admirable santidad y elocuencia, como lo han proclamado ya quince siglos.

Dio Teófilo con un príncipe débil e inepto, de quien podría decirse cosa parecida a lo que de Carlos III de España dijo Menéndez Pelayo en su obra de los Heterodoxos Españoles (Libro VI, cap. II, § 2): "Cuando tales

beatos *inocentes* llegan a sentarse en un trono, tengo para mí que son cien veces más perjudiciales que Juliano el Apóstata o Federico II de Prusia.” Dio asimismo con una emperatriz dominante de su marido y de un orgullo y avaricia desenfrenada, que concibió contra el Crisóstomo a causa de sus reprensiones un odio satánico, y se valió de los enemigos del Santo para descargar sobre él y sobre todos los que le seguían como a su legítimo Pastor una horrorosa persecución, que llenó de luto y llanto a todas aquellas Iglesias, como lo pondera San Juan Crisóstomo en su carta a San Inocencio.

A consolarla, pues, en estas públicas calamidades van dirigidas estas tres primeras cartas, que son las más importantes y elocuentes que escribió el Crisóstomo.

En la primera la consuela ponderándole la sabia y benigna providencia de nuestro Todopoderoso Dios, con que permite sean tentados sus escogidos, los tres niños del horno de Babilonia, los Apóstoles y hasta el Santo de los Santos, Jesucristo, desde la cuna al sepulcro. En esta segunda, escrita en Cucuso el año 404, sigue consolándola y armándola contra la tristeza con estas consideraciones. Primero: *Es muy dañoso el afligirse y desalentarse demasiado por los pecados ajenos*, pues aun por los propios no quiso San Pablo que se desalentase y desesperase el incestuoso de Corinto, sino que, para evitarlo, ordenó que, al verlo ya arrepentido, usasen con él de indulgencia y le consolasen, *para que no fuese absorbido por la demasiada tristeza y se desesperase* (2 Cor., 2, 7), *a fin de que Satanás no arrebatase a ninguno de nosotros, pues no ignoramos sus ardides* (2 Cor., 2, II).

También le aconseja que en las públicas calamidades piense en otras mayores, como el juicio final y el infierno, con lo cual ahuyenta los pensamientos tristes y alcanza el fruto del temor de Dios.

Mas ya que a una virtud tan sublime como la suya no le conviene tanto el pensar en el juicio como a los reos de grandes crímenes, entre los cuales se cuenta él, le dice que, quitando el pensamiento de las públicas calamida-

des, lo ponga en la multitud de sus espléndidas virtudes, en su caridad con los pobres, las viudas, los enfermos y los necesitados; su invicta paciencia en sufrir desde su niñez ofensas de propios y extraños, amigos y enemigos, y hasta del clero y de las autoridades; la mortificación de su cuerpo con ayunos, vigiliias y austeridades; los bríos con que desde niña luchó contra su carne, sojuzgándola de manera que ya ni siente siquiera las perturbaciones de las pasiones, y todo esto en un cuerpo delicado y criado en lujosos palacios. Más pobre que un mendigo en el vestir, ha superado en esto a las que tienen hecho voto de pobreza.

Muy grande tiene que ser esta virtud cuando es tan castigado por Dios el vicio contrario. Magnífica ampli-ficación por los castigos de las hijas de Sión (Is., 3, 16, ss.).

Excelencias de la virginidad que ni Abraham, ni Moisés, ni Job, siendo tan santos, se atrevieron a guardarla. Pues ella, con ánimo sublime, ha superado en pobreza a las mismas vírgenes que la profesan.

Otro motivo de la aflicción de Olimpia era la ausencia del Santo. Dícele que la mano tiene el remedio, que lea sus escritos. La consuela además con sus cartas y con las sublimes coronas del sufrir los dolores del alma, que superan en mérito a los sufrimientos del cuerpo.

Aunque la carta que poco ha te envié bastaba y sobraba para mitigar tu intensa tristeza, sin embargo, como la ola del dolor ha crecido, juzgo necesario escribirte de nuevo para proporcionarte más copioso y abundante consuelo y asegurar tu curación. Trataré, pues, de limpiar el polvo que la tristeza te produjo, pero por otra vía, pues creo que esta úlcera y tu amor maligno ha venido a parar en polvo. Pero aun así no hemos de abandonar el cuidado de tu salud, pues también el polvo, si no cuidamos de sacudirlo a tiempo, acarrea gran daño al órgano más principal, estragando la claridad de la pupila y enturbiando la vista del enfermo. Pues, para que esto no suceda, arran-quemos de raíz las reliquias del mal con gran cuidado y diligencia. Pero esfuérzate también tú y echa una mano. Pues, como suele acae-

cer en las enfermedades del cuerpo, que, aunque el médico haga bien su oficio, se malogra la cura si el enfermo no hace también el suyo. así suele suceder también en las del alma. Por eso, para que aquí no pase esto, procura tú también contribuir según de ti lo exige la prudencia, a fin de que por ambas partes sea mayor el provecho.

Pero tal vez dirás: bien lo deseo, pero no puedo; pues, aun poniendo en ello todo el empeño posible, no logro deshacer esta densa nube de tristeza. Meras excusas y pretextos, pues tengo bien conocida la nobleza de tu alma, la robustez de tu piedad, la grandeza de tu prudencia y el inmenso caudal de tu sabiduría, y me consta que te bastará una voz de imperio a ese furioso mal de la tristeza para que haya completa bonanza. Mas, para que te sea más fácil lograrlo, quiero contribuir también de mi parte cuanto pueda. ¿Cómo conseguirlo, pues? Teniendo presente lo que te dije en mi anterior —pues en ella se hallan muchos documentos que hacen al caso— y cumpliendo, además, lo que en ésta te mando.

Que es dañoso desalentarse por pecados ajenos.— ¿Qué es ello, pues? Cuando te digan que una iglesia ha dado al través, que la tempestad azota a otra, que a otra la sepultan las terribles ondas y otra sufre calamidades sin cuento, que una tiene por pastor a un lobo, otra un pirata por piloto y otra por médico un verdugo, siéntelo, sí —pues no es bien sufrir sin dolor tales desgracias—; pero sea moderada tu aflicción. Pues siendo así que aun en aquellas culpas que nosotros mismos cometemos, y de que hemos de dar estrecha cuenta, no es necesario ni seguro, sino antes perjudicial y funesto el apurarse en demasía, ¿cuánto más será inútil y vano, más aún, satánico y desastroso al alma, desalentarse y perder el ánimo por delitos ajenos?

2. Y para que veas que es así, voy a contarte una historia antigua. Cierta hombre de Corinto, lavado ya en las sacrosantas ondas y santificado así en el Sacramento del Bautismo, admitido, además, a la tremenda mesa y a todos los misterios, en suma, de nuestra sacrosanta religión, y ejerciendo, además, según dicen muchos, el cargo de maestro, después de la sagrada iniciación, después de admitido a los arcanos favores y obtenidos ya en la Iglesia los primeros grados de sus dignidades, cometió un delito gravísimo. Pues habiendo mirado con criminales ojos a la mujer de su padre, no contento con el deseo, lo puso en obra, cometiendo un crimen que no era sólo fornicación, sino

adulterio, y más atroz aún que el mismo adulterio. De lo cual, enterado San Pablo, no hallando expresión bastante fuerte contra tal crimen, declaró de otro modo su gravedad y grandeza con estas palabras ¹: *Es ya pública voz y fama que se cometen entre vosotros deshonestidades y tales cuales ni entre gentiles se oyen*. No dijo no se cometen, sino *ni se nombran*, queriendo dar a entender con estas palabras la enorme magnitud de tal crimen. Y así lo entregó a Satanás y lo apartó de la Iglesia, sin permitir a nadie ni siquiera admitirle a la común mesa. *Con los tales*, dijo, *no es lícito ni comer siquiera* ². Finalmente, movido de grande enojo, condenóle a gravísima pena, entregándolo a Satanás para que, cual cruel verdugo, atormentase su cuerpo, *a fin de que salve su alma en el día de Nuestro Señor Jesucristo* ³. Y, no obstante, el mismo que lo había echado de la Iglesia, que ni la común mesa profana permitía a nadie compartir con él, que por causa de él había impuesto a todos luto y llanto —con todo, *vosotros estáis engreídos y no os habéis*, al contrario, *entregado al llanto para que fuese quitado de entre vosotros el que ha cometido tal maldad* ⁴—, que lo arrojaba de todas partes como un apestado, que lo había echado de las casas de todos y lo había entregado a Satanás; el mismo, repito, que lo condenó a tan tremendo suplicio, luego que lo vio verdaderamente contrito y arrepentido de su crimen e implorando el perdón públicamente, también él casó y anuló su anterior sentencia, de tal modo que a aquellos mismos corintios a quienes antes vedó su trato ahora les manda lo contrario. Pues el que antes dijo: Separadlo, echadlo, llorad y sea presa del diablo ahora ¿qué dice? *Reanudad con él la caridad para que no quede aplantado por la demasiada tristeza y se desespere y seamos engañados por Satanás, que no ignoramos sus maquinaciones* ⁵. ¿No ves cómo el hacer que demos demasiada entrada a la tristeza es nativo ardid de Satanás y blanco de sus celadas para, por la inmoderación, convertir en veneno las más saludables medicinas? Porque en veneno degenera y a Satanás nos entrega cuando es inmoderada; y por eso dijo: *para que no nos engañe Satanás*. Lo cual es como si dijese: Sarnosa, además, estaba la oveja, separada estaba del rebaño y apartada del gremio de la Iglesia; pero ya ha lanzado de sí la enfermedad y vuelto a su antigua salud —que éste es el gran valor de la penitencia—, a nuestro rebaño ha vuelto ya. Acariciémosla, recibámosla altas las manos, abracémosla, besémosla y acojámosla en nuestro gremio. Porque si no nos resolvemos a hacerlo así, ya nos ha

defraudado Satanás, tomando no al que era suyo, sino al que ya se ha hecho nuestro, sumergiéndolo y haciéndolo suyo para adelante por nuestra incomprensión y por la inmoderada tristeza de él. Y por eso añadió: *No ignoramos sus ardides* ⁶; esto es, que aun por aquellas cosas que son de provecho, cuando no se hacen como es debido, suele hacer caer en sus lazos a los que no son bastante advertidos y prudentes.

3. Pues si por un delito, y delito tan grave, no permite San Pablo que el delincuente se abandone a un dolor inmoderado, sino que se esfuerza con todo empeño y no deja piedra por mover para cortar demasías, diciendo que el ser en esto inmoderado es entrar de lleno en los dominios de Satanás, que es el causante de esto con sus astutas y perversas invenciones, ¿no sería necedad y estulticia suma por pecados ajenos, de que otros han de dar cuenta y sufrir la pena, angustiarse y atormentarse tanto que vengas a abrumar tu ánimo con densísimas tinieblas y desencadenar sobre él una negra borrasca de tumultos, confusiones y perturbaciones horrendas? Y si me repites la misma cantilena de que quieres y no puedes, también yo te repetiré que eso son meras excusas y pretextos, pues me son bien conocidos los inmensos bríos de tu cristianísima alma.

¿Qué hemos de hacer en las públicas calamidades? – Para más facilitarte también por otra vía la lucha y el triunfo contra esa pestífera e importuna tristeza, quiero que pongas por obra este consejo que voy a darte. Cuando alguno te miente esta calamidad, aparta de ella tu pensamiento cuanto antes y ponlo en el tremendo día del juicio; imagínate aquel tribunal horrendo, aquel juez incorruptible, los ríos de fuego, las ardientes llamas, las agudas espadas, las atroces penas, el tormento sempiterno, la horrible oscuridad, las tinieblas exteriores, el gusano roedor, las infrangibles cadenas, el crujir de dientes, los inconsolables alaridos, el espectáculo del orbe entero o, mejor dicho, de las dos naturalezas, la superior y la inferior, porque *las virtudes de los cielos temblarán, dice Cristo* ⁷. Porque aunque no tienen conciencia de pecado, ni han de ser juzgadas, sin embargo, al ver a todo el género humano y a infinitas naciones sufriendo el juicio, no estarán allí sin admiración y espanto. Tan grande será entonces el terror. Piensa bien esto y los argumentos de aquel juicio absolutamente ineludibles. Porque aquel juez no necesita acusadores, ni testigos, ni

pruebas, sino que pone de manifiesto todas las cosas, tal como fueron hechas, delante de los ojos de los mismos delincuentes. Reunidas, pues, todas estas consideraciones y aumentado así el terror, oponlo y enféntalo con la satánica y fatal tristeza, emprendiendo así la lucha contra ella, y verás cómo, al primer encuentro, la vences, la rasgas y destruyes más fácilmente que si fuera una tela de araña. Porque, además de ser inútil y vana, produce inmensos daños y perjuicios; mientras que aquel temor es necesario, en gran manera útil y ventajoso y de grandísimo fruto y provecho.

Pero sin pensar me he dejado arrebatar del ímpetu del discurso, escogiendo, para exhortarte, una materia que a ti de ningún modo te conviene; a mí, sí; y a otros que, como yo, estamos abrumados y oprimidos bajo la inmensa mole de nuestros crímenes, nos es muy necesario este discurso, porque aterra y aviva; pero a ti, adornada con tantas flores de virtudes, que vas tocando ya en el vértice del cielo, no puede causarte miedo alguno. Por eso, al dirigirme a ti, me veo precisado a tocar otras teclas y ejecutar más delicadas sinfonías, porque ese miedo no puede causarte más mella que la que a los mismos ángeles haría. Por eso, cambiemos el hilo del discurso, y tú asimismo dirige allá tu pensamiento y recapacita despacio y considera los magníficos premios y espléndidas coronas, las alegres danzas con el coro de las vírgenes, los sagrados tálamos, la celestial mansión, tu silla entre los ángeles, el trato íntimo y familiar con el Esposo, aquel soberano esplendor y aquellos eternos bienes verdaderamente incomprensibles e inefables.

4. Las viudas pueden aventajar en mérito a las vírgenes.— No desapruebes mis palabras por haberte colocado en el coro de aquellas santas vírgenes siendo viuda, porque muchas veces, ya en privado, ya en público, me has oído defender, al definir la virginidad, que nunca será obstáculo para contar en el número de las vírgenes, y aun mucho más altas, a las que en las demás virtudes han dado pruebas de su heroica santidad. Que por eso también San Pablo, al describirnos la virginidad, no llamó solamente vírgenes a las que no han conocido varón ni se han casado, sino también a aquellas otras que tienen cuidado de las cosas pertenecientes al culto de Dios⁸. Más aún, el mismo Cristo, mostrando cuanto aventaja a la virginidad la limosna, de la que tú tanto tiempo ha tienes la primacía y has conseguido la

corona, echó del coro de las vírgenes a la mitad de ellas por hallarlas sin esta virtud, o más bien por no poseerla en suficiente grado, porque sí tenían, pero no bastante. Y, al contrario, a los que fueron sin la virginidad, por verlos adornados de la misericordia, honrólos grandemente nombrándolos benditos de su padre, llamándolos a sí, dándoles la herencia del reino y ensalzando sus virtudes delante del orbe entero⁹ y hasta no dudando llamarlos, en presencia de los ángeles y de todo el linaje humano, hospedadores y nutricios suyos. También tú oirás entonces esta voz; también alcanzarás este amplísimo premio. Pues bien; si por sola la limosna se consiguen tantos premios, tantas coronas, tanta estimación, tanto esplendor, tanta gloria; si a ésta añadimos todas las otras virtudes tuyas, ¿mereces, acaso, perdón de Dios tú, que, mientras debieras cantar victoria, regocijarte y saltar de gozo, y ceñir a tus sienes mil diademas, te abandonas a mortal tristeza, facilitando el ataque de tu santa alma al demonio, a quien hasta ahora has hecho morder el polvo tantas veces, sólo porque uno se ha vuelto furioso y otro se ha precipitado en un abismo? ¿Qué necesidad hay de alabar tan varia y múltiple paciencia? ¿Qué discurso, qué digo discurso, qué volúmenes de historia bastarían, si quisiéramos referir las calamidades que desde tu niñez hasta hoy has soportado, recibidas ya de los tuyos, ya de los extraños, tanto de amigos como de enemigos, ora de parientes, ora de otros, ahora de particulares, ahora de la autoridad misma y del clero? ¿Hay cosa de éstas que, si se quisiera descender a pormenores, no llenara una historia? Pues si de aquí pasamos a otra clase de padecimientos e intentamos contar las aflicciones que no ya otros, sino tú misma te has causado, ¿qué mármol, qué hierro, qué diamante hay que no haya sido por ti superado? Porque, habiendo recibido un cuerpo tan tierno y delicado, y acostumbrado a todo género de lujo y abundancia, lo has atormentado con tantas y tales aflicciones, que lo has dejado completamente aniquilado, pues has excitado en él tal enjambre de enfermedades, que vence la ciencia de todos los doctores y el poder y fuerza de todas las medicinas y todo régimen de curación, y estás hecha un retablo de perpetuos dolores.

5. Virtudes de Santa Olimpiades.— Pues ya, quien intentase referir tus asperezas y tu aguante, ¿a qué términos se vería obligado a recurrir? Porque la palabra continencia y sufrimiento no es ya suficiente, sino que hay que buscar otro nombre mucho más excelente a

tus virtudes. Porque decimos que un hombre resiste y se contiene cuando, asaltado de alguna pasión, la vence y la supera; pero en ti no hay ya pasión alguna que vencer, porque luchaste desde el principio contra tu carne con tal brío, que extinguiste todas tus pasiones, pues no fue aquello dar al caballo sofrenadas, sino constreñirlo y postrarlo inmóvil. Y entonces fuiste subiendo uno a uno los grados todos de la continencia; hoy has conseguido ya quedar exenta de toda perturbación. Porque los deseos de delicias no te dan ya pena ni trabajo alguno para vencerlos, sino que, una vez que los venciste y les cerraste del todo la entrada a tus sentidos, has avezado a tu cuerpo a comer y beber solamente tanto cuanto es preciso para seguir aún viviendo y penando en esta vida. Por esta razón no llamo a esto continencia ni ayuno, sino otra cosa mucho más sublime. Y esto mismo se echa de ver en tus sagradas vigiliass, porque el apetito de dormir extinguióse con el otro juntamente, pues *el sueño se alimenta del comer*.

Pero a éste lo venciste también por otra vía, haciendo guerra a la naturaleza ya desde el principio, pasando sin dormir noches enteras y convirtiendo el hábito en naturaleza a fuerza de asidua costumbre. Porque así como para los otros el dormir es cosa natural, así para ti el velar. Maravillosas son y estupendas estas cosas, aun en sí consideradas. Pero si, además, se tiene en cuenta el tiempo; es decir, la tierna edad en que comenzaste a ejercitarlas, la falta de buenos ejemplos y la sobra de los malos y perversos, y todo esto en un alma recién convertida de la infidelidad a la verdad, en el cuerpo de una frágil mujer, delicado y muelle a causa del lujo y esplendor de sus mayores, ¿qué mar de maravillas no se ofrecerá al punto a la vista de quien una a una todas estas circunstancias considere?

Por lo cual tampoco voy a hacer mención de otras preciosidades; es, a saber, de la humildad, de la caridad y demás virtudes de tu santa alma. Porque al sólo recuerdo y pensamiento de estas cosas mil nuevos manantiales alumbran mi mente, obligándome a tratar, al menos en general, de cada una, o más bien los argumentos solamente, porque aquello exigiría un discurso inmenso. Mas para no salirme de la materia que me propuse tratar, no me dejaré arrastar a ese inmenso piélago. Que si no fuera por haberme hoy propuesto únicamente arrancar de raíz de tu alma la tristeza, de buen grado hablaría de tan suave materia, engolfándome en ese inmenso piélago o, mejor dicho, en esos inmensos mares, recorriendo las innumerables vías de cada una

de tus virtudes, que producirían, a su vez, cada cual nuevos piélagos, tratando ya de la paciencia, ya de la humildad, ya de las mil maneras de limosnas, repartidas hasta los últimos confines del orbe; ya de la caridad, más encendida que mil fuegos; ya de tu infinita prudencia, templada con tan fino y oloroso perfume que excede toda natural medida. Qué frutos se han seguido de aquí, si alguien intentara narrarlo, fuera lo mismo que pretender contar las olas del Océano.

6. Del vestido vil y despreciado de Olimpíades.— Por lo cual, pasando de largo esos vastos mares, procuraré mostrar por la uña al león, diciendo dos palabras sobre el sencillísimo vestido con que cubres tu cuerpo. Porque, aunque esta virtud parece ceder a las otras, sin embargo, si bien se considera, se verá que es muy grande y tal que requiere un alma prudente, desprendida, superior a las cosas de la tierra y encumbrada sobre los cielos. Por eso no sólo en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo, cuando Dios gobernaba por sombras y figuras a aquel pueblo rudo, que carecía de las copiosas luces que nos trajo Cristo para conocer mejor las cosas del espíritu, prohibiéndoles severamente el lujo en el vestir, diciéndoles por Isaías ¹⁰: *Por cuando se han ensoberbecido las hijas de Sion y andan con el cuello erguido, descompuestos los ojos, dando palmadas y danzando y haciendo ruido con los pies, y caminan con pasos afectados, las humillará el Señor y les quitará sus soberbios vestidos, raerá sus cabezas y las despojará de sus cabellos, les quitará el adorno de su calzado, y las lunetas, y los collares de perlas, y los joyeles, y los brazaletes, y tendrán hediondez en vez de suaves olores, y por ceñidor una cuerda, y calva en lugar de cabellos rizados, y en vez de túnicas recamadas de púrpura las vestirán de saco y cilicio. Estos serán tus adornos.* ¿No ves la ira, que supera toda ponderación? ¿No ves el acerbísimo tormento y suplicio, la rigurosísima cautividad? Saca de aquí la gravedad del pecado, porque no hubiera impuesto el benignísimo Dios tan gran castigo si no fuera gravísima la culpa. Ahora bien, si el delito es tan grande, sin duda que es grandísima también la virtud que se le opone. Por eso San Pablo, dirigiéndose a las mujeres que viven en medio del mundo, no sólo les disuade los adornos de oro, sino que no les permite usar vestidos costosos. Porque sabía muy bien que es ésta una enfermedad grave del alma, de difícil curación, porque es clarísima señal de un alma corrompida cuando

exigiría para su remedio un alma santa. De lo cual son prueba evidente no sólo las mujeres casadas que viven con sus maridos en el siglo, que por maravilla siguen este dictamen, sino también las que ostentan mayor virtud y pertenecen al número de las vírgenes.

Porque muchas de éstas, habiendo declarado guerra a la naturaleza y profesado la virginidad sin falta alguna, emulando en esto la pureza angélica y preludiando en un cuerpo mortal las excelencias del cuerpo resucitado y glorioso (porque *en aquel siglo*, dice Cristo, *ni se casarán ellos ni ellas*)¹¹ y rivalizando en un cuerpo perecedero con aquellas naturalezas incorruptibles e inmortales, y alcanzando de hecho lo que muchos proclaman imposible, lanzando de sí el placer sensual como si fuera un perro rabioso, domando las furiosas olas y navegando tranquilas a través de un mar tempestuoso, sin quemarse en medio del encendido horno de los atractivos sensuales, y caminando sobre las ascuas como sobre rosas, fueron, no obstante, esclavizadas por esta pasión del lujo y, habiendo triunfado en mayores batallas, sucumbieron a este vicio.

7. Excelencias de la virginidad.— Es la virginidad cosa tan grande y tan trabajosa, que Cristo, habiendo bajado del cielo para hacer a los hombres ángeles y sembrar aquí abajo la vida celestial, ni aun así quiso mandarla y dar ley que la prescribiese, y siendo así que mandó morir, y llevar la cruz perpetuamente, y hacer bien a los enemigos, no mandó la virginidad, sino que la dejó al arbitrio y voluntad de sus oyentes, diciendo estas palabras: *El que pueda alcanzarlo, alcáncele*¹². Porque es esta obra de grandes alientos, difícilísima esta lucha; hay que sudar y trasudar, pues es el terreno de esa virtud resbaladizo y arriesgado. Así nos lo declaran aquellos santos del Antiguo Testamento, que florecieron en toda virtud.

Porque aquel gran Moisés, cabeza de los profetas, sincero amigo de Dios, y que tuvo en El tan grande autoridad y confianza que libró de la pena de muerte decretada por Dios a seiscientos mil hombres, un hombre tan grande y tan insigne que mandó al mar y dividió en dos mitades el inmenso piélago, y rompió las rocas, y cambió los vientos, y convirtió en sangre las ondas del Nilo, y levantó contra Faraón ejércitos de ranas y langostas, y cambió las naturalezas de las cosas e hizo otros innumerables milagros y nos dejó otros muchos ejemplos de virtud, pues así en lo uno como en lo otro fue excelente; a estos

combates ni echó ojos siquiera, sino que necesitó del matrimonio y no se atrevió a engolfarse en el mar de la virginidad por miedo a su oleaje.

Asimismo, aquel valeroso patriarca, sacrificador de su hijo, fue capaz de pasar por encima del violentísimo afecto natural de padres a hijos, tan profundamente arraigado en la naturaleza, llegando hasta sacrificar voluntariamente a su hijo, y un hijo como Isaac, en la flor de su edad, en todo el vigor de su juventud (tenía veinticinco años), hijo único, queridísimo, concedido por Dios fuera de toda esperanza, dotado de tantas prendas y virtudes, único báculo de su extrema vejez, y subirlo al monte para tal objeto, y erigió el altar y amontonó la leña y acomodó encima la víctima, y desenvainó el puñal y lo acercó al cuello del joven (Gen., 22, 9), porque lo acercó, y llegó a teñirlo en sangre aquel diamante, y más firme que el diamante, pues éste lo es por naturaleza, aquél lo fue por gracia, emulando la natural firmeza y dureza diamantina merced a su abnegada voluntad, ostentando angélica tranquilidad, exenta de toda perturbación. Y, sin embargo, este fortísimo varón, que obtuvo el triunfo en tan heroica lucha y excedió los límites de la naturaleza, no osó afrontar el combate de la virginidad, sino que receló también esta palestra y se acogió al seguro del matrimonio.

8. Alabanzas de Job; sus calamidades.— ¿Quieres que añadamos también a éstos al paciente Job? ¿Aquel varón recto, sencillo, temeroso de Dios y que se apartaba de toda maldad? ¹³. Pues éste dio de bofetadas al diablo, y, herido él y sin herir, dejó vacía toda su aljaba, y recibiendo sus continuas saetas, aguantó como un yunque toda suerte de tentaciones y pruebas a cuál más atroces. Porque las cosas que aquí parecen molestas y, en efecto, lo son, son principalmente éstas: la pobreza, enfermedades, pérdida de hijos, irrupción de enemigos, ingrátitudes de amigos, hambre y dolores perpetuos, calumnias, improperios, infamias; pues todas ellas cayeron de repente sobre un solo hombre, y, lo que es más, cuando menos lo esperaba.

Y hay que entender de este modo lo que voy diciendo: cuando uno ha nacido pobre y, como tal, se ha educado, fácilmente tolera la pobreza, como experimentado en ella; mas el que está nadando en riquezas y abunda en toda suerte de comodidades y regalos, y viene a caer de repente en el extremo contrario, no lo sufre tan aínas, porque,

como a hombre inexperto que se ve de repente asaltado de ella, le parece acerba en demasía. De un modo semejante el que es villano y dejaba alcurnia y ha vivido siempre en perpetua abyección, poca mella le hacen los dictérios y afrentas; mas al que antes vivió en grande honra, escoltado de muchos, celebrado en lenguas de todos y magníficamente ensalzado, si viene luego a menos y cae en la abyección y deshonra, le acaece lo mismo que a aquel que de rico vino a ser pobre. Asimismo, el que queda sin hijos, aunque los pierda todos, con tal que no sea en un mismo día, alivia el llanto por la desaparición de los muertos con el consuelo de los que quedan vivos; y calmado el dolor que la muerte de los primeros le causara, si, pasado algún tiempo, sobreviene la muerte de otros, le resulta más llevadera la desgracia, pues no viene sobre una herida reciente, sino calmada ya y cerrada por el tiempo, lo cual aminora mucho el dolor. Mas este varón, al contrario, en un punto vio desaparecer juntamente una corona de hijos (siete hijos y tres hijas), y con un género de muerte acerbísimo, porque fue violenta y prematura, y con tales circunstancias de lugar y de tiempo que ponen el colmo al dolor, porque fue en medio de un banquete y en una casa que estaba siempre abierta a los huéspedes y vino a servirles de sepulcro.

Pues ¿qué diré de aquel nuevo linaje de hambre, que no hay palabras bastantes para expresarlo? ¿La llamaré voluntaria o forzosa? Porque no sé cómo llamarla, ni qué nombre dar a una tan impensada calamidad. Preparada estaba la mesa, pero su abstinencia era perpetua, sin tocar siquiera los manjares que estaba viendo, pues el hedor de las llagas que cubrían su cuerpo le quitaba las ganas y llenaba de horror la misma mesa. Lo cual declaraba con estas palabras: *Hedor se han vuelto mis manjares* 14. La fuerza del hambre le aguijaba para que gustase los manjares preparados; pero el increíble hedor que de sus carnes emanaba vencía la fuerza del hambre. Por eso, como antes dije, no sé cómo llamarla. ¿Voluntaria? Pero deseaba gustar los manjares presentados. ¿Forzosa? Pues los manjares allí los tenía y no había nadie que le impidiese tomarlos. Y, además, ¿cómo referir sus dolores, los manantiales de gusanos, los regueros de podre, las afrentas con que le baldonanban sus amigos y aun el desprecio de sus mismos criados. *Pues ni mis criados me perdonaron*, dice, *sino que me escupían en el rostro* 15. ¿Y aquellos que insultaban su desgracia y le daban en cara con ella? *Los que yo no me dignaba de poner con los*

mastines de mis ganados se han echado sobre mí, y me dan castigo hombres de ínfima ralea(30, I). ¿No te parecen graves todas estas cosas? Ciertamente, lo son. Pero ¿por qué no decir ya lo más capital de todo, el colmo de toda su calamidad y su mayor tormento? Esta era aquella tempestad de ideas y turbaciones que acosaban su alma, esto era lo que principalmente le ahogaba de un modo intolerable, y su misma pura conciencia levantaba deshecha borrasca, entenebreciendo su mente y perturbando al piloto. Porque a los que tienen conciencia de muchos crímenes, aunque tengan que sufrir algo acerbo, sírveles, al menos, de alivio el saber la causa de lo que les sucede, considerando dentro de sí sus pecados y deshaciendo así la turbación que proviene de la duda. Otros hay que no tienen conciencia de crimen alguno, sino que, al contrario, se ven enriquecidos con los adornos de las más eximias virtudes; éstos, si algo semejante se les ofrece que sufrir y tienen noticia del dogma de la resurrección, ven que todas esas luchas se les convertirán en mil coronas de inmensa gloria. A éste, empero, siendo, como era, hombre recto y careciendo, al mismo tiempo, de noticia cierta acerca de la resurrección, lo que principalmente le estremeceía era el ignorar la causa de sus males; de manera que más tormento le causaba esta ansiedad y esta duda que los gusanos y todos los dolores del cuerpo. Y para que veas que esto es así, luego que Dios, en su benignidad, se dignó mostrarle la causa de estas luchas, diciéndole que había permitido todo esto para que apareciese clara su justicia, entonces respiró, al fin, como si no hubiese padecido nada, lo cual consta claramente por las palabras que entonces pronunció. Por lo demás, aun antes de saber la causa, sufría, es cierto; pero con ánimo esforzado, y, después de perder todos sus bienes, pronunció aquella admirable sentencia: *El señor me lo dio, el Señor me lo quitó; como al Señor agradó así se ha hecho; sea su nombre bendito* ¹⁶.

9. Pero, entusiasmado con el amor de ese varón, veo que me he separado demasiado de mi propósito, por lo cual, después de añadir algunas cosas, volveré a lo comenzado. Pues este varón de tan eximia virtud, que triunfó de tantas inclinaciones naturales, no se atrevió tampoco a descender a esta liza, sino que tuvo mujer y engendró un gran número de hijos. ¡Tan grande es la virtud de la virginidad; tan sublimes son sus combates; tan grandes sus trabajos, que reclaman grande fortaleza! Y, sin embargo, muchas de las que se han obligado a sostener esta lucha no han logrado vencer esta pasión, sino que han

sucumbido y sufrido mayor derrota que las mujeres que viven en el siglo. Y no me digas que aquéllas no visten oro y seda ni llevan joyas ni pedrerías. Porque lo más grave, y lo que más pone de relieve su enfermedad y demuestra la tiranía con que este afecto las tiene esclavizadas, es que toda su alma y todo su empeño lo tienen puesto en aventajar, con color de vestidos viles y humildes, la elegancia y ornato de las que visten oro y sedas, y de esta manera atraer sobre sí, más que ellas, las miradas y afectos de todos, en lo cual hacen una cosa, a su parecer, indiferente y completamente irreprochable; pero en realidad de verdad, como la misma naturaleza de las cosas lo demuestra, perniciosísima y en sumo grado escandalosa, que arrastra a profundos abismos innumerables almas. En razón de lo cual es preciso cantar tus alabanzas con mil lenguas, porque lo que a las vírgenes se les hace tan difícil, a ti, que vives en la viudez, te resulta tan fácil y hacedero como lo está diciendo tu género de vida. Porque no admiro yo únicamente esa tan maravillosa pobreza de tu vestir, que excede a la de los mendigos, sino, más aún, el no hallar en tu vestido y calzado, y en tu porte y andar, cosa ninguna artificial, postiza o contrahecha, nada exquisitamente elaborado y rebuscado; todo lo cual son preciados colores que nos pintan exteriormente la santidad que adorna tu alma. *La manera de vestir, de reír y de andar del hombre dicen lo que él es*, dice la Escritura¹⁷. Porque si no hubieras pisoteado por maravillosa manera las pompas y vanidades terrenales, no habrías llegado a tan gran desprecio de ellas, ni hubieras sojuzgado tan valientemente este vicio y gravísimo pecado. Grave he dicho, y no crean que exagero llamándole gravísimo pecado. Porque si sobre las mujeres mundanas de los hebreos atrajo tan terribles castigos, ¿qué perdón podrán esperar aquéllas, cuyo pecado es tanto más grave, pues se obligaron a imitar la puridad angélica y contristar al Espíritu Santo, que habita en sus almas?¹⁸. Porque si ves una doncella con vestidos transparentes y muelles —cosa que ya el profeta¹⁹ condenó como crimen—, de andar lascivo, cuyo hablar, mirar y vestir va ofreciendo el veneno en copa de oro a los que la miran con ojos impúdicos, y abriendo precipicios tras precipicios, y tendiendo lazos y más lazos a los transeúntes, ¿cómo podrás llamarla virgen, sino más bien mujer perdida?²⁰. Porque ni aun las malas mujeres presentan los atractivos que éstas, desplegando la voluptuosidad en todo. Por eso te llamamos santa y te celebramos con grandes alabanzas, porque, triunfadora de este vicio, has dado

también ejemplo de mortificación en este punto, no para ostentar elegancia, sino fortaleza cristiana, pretendiendo, no mundanidad mujeriego, sino armas para pelear las batallas del Señor.

10. Más como ya he mostrado por la uña del león y aún sólo en parte, pues no he recorrido esta virtud tuya en toda su extensión, porque temo, ya lo dije, penetrar en los mares sin fin de tus múltiples y varias virtudes, ni me propongo ahora tejer tu panegírico, sino consolar tu aflicción, voy a resumir todo lo dicho. ¿Y qué es ello? Que no pares mientes en los delitos de éste ni en los crímenes de aquél, sino que, desechados esos importunos pensamientos, fijas tu atención en tu paciencia y aguante; en tus ayunos, oraciones y vigiliass; en tu continencia, limosnas y hospitalidad, y en las luchas y victorias de tantas tentaciones y pruebas. Considera despacio cómo desde tu misma niñez hasta el día de hoy no has cesado de alimentar a Cristo hambriento, darle de beber sediento, hospedarle peregrino, visitarle enfermo y encarcelado. Piensa en el inmenso piélago de tu caridad, que has abierto en tal manera, que ha llegado impetuoso hasta los últimos confines del mundo. Pues no sólo ha estado abierta tu casa a todo el mundo, sino que son sinnúmero los que por mar y tierra han podido gozar de tu hospitalaria liberalidad. Reúne en un ramillete todos estos méritos, y con la esperanza de tantas coronas alegra y regocija tu alma. Y si anhelas presenciar los castigos de esos hombres crueles y sanguinarios de otros que han perpetrado crímenes mucho más atroces, no pierdas la esperanza de verlos, que también el mendigo Lázaro vio arder al rico Epulón, pues aunque por haber sido sus vidas tan diferentes ocupaban sitios muy distintos y separados por un abismo, morando uno en el seno de Abraham y el otro en intolerables hogueras, no obstante, le vio Lázaro y le oyó y le respondió. Porque si el que sólo despreció a uno sufre tan terribles tormentos, y al que escandalice a uno le fuera mejor que le arrojasen al profundo del mar con una piedra de molino al cuello ²¹, los que han escandalizado tan extensas e importantes regiones y arruinado tantas Iglesias, introduciendo guerra, perturbaciones, tumultos en todo, y han sobrepujado a los forajidos, piratas y bárbaros en crueldad y barbarie; los que, incitados a diabólica furia por su capitán Satanás y por sus aliados los demonios, han entregado a la fábula y burla de judíos e infieles religión y enseñanza tan veneranda, sacrosanta y digna del que nos la dio; los que han sumido en el abismo tantas almas y causado tantos naufragios

11. **Consuela a Olimpiades, afligida por su ausencia.** Piensa todo esto y recapacítalo, y así lograrás deshacer esa nube de tristeza. Pero como, según creo, hay, además, otra causa de tu angustia y tormento, pongamos ahora remedio a esa idea con lo ya dicho y lo que vamos a decir. Porque me parece que tu dolor no reconoce por causa únicamente las cosas dichas, sino también el hallarte alejada de este vil hombrecillo, pronunciando y repitiendo mil veces ante todos estos lamentos: Ya no oímos aquella voz, ni gozamos de su enseñanza, sino que estamos muriéndonos de hambre y sufriendo lo qué en otro tiempo amenazaba Dios a los Hebreos; esto es, hambre no de pan y sed no de agua, sino hambre de las divinas enseñanzas ²³. Pues ¿qué remedio? En primer lugar, que, en ausencia mía, puedes valerte de mis libros. Luego, yo, por mi parte, si encuentro portadores, te escribiré largo y frecuente. Pero si, además, deseas oír de viva voz mis enseñanzas, quizás lo lograrás también, y, con la ayuda de Dios, verme de nuevo; y no quizás, sino de cierto, no lo dudes. Y cuenta que lo digo de pensada y no por mantenerte ilusionada y engañada; lo que ahora recibes por cartas me lo escucharás después de viva voz. Y si la tardanza te es molesta, piensa que no te será sin provecho, sino que te proporcionará muy grande galardón si la llevas en paciencia y sin quejarte; antes bendiciendo también a Dios por este título, como constantemente lo haces, porque no es prueba corta ni ligera, sino grande y de ánimo valiente y generoso el sufrir la partida y la ausencia del amigo. ¿Qué quién nos lo asegura? Todo el que ama con amor sincero y tiene bien conocida la fuerza de la caridad entiende lo que digo. Y para no andar vagando acá y allá en busca de sinceros amantes —porque es rara la virtud de la caridad— vamos a San Pablo, y él nos expondrá cuán grande es este empeño y cuán grande ánimo requiere. Porque este Pablo, que se había desnudado de su carne, y había despreciado su cuerpo, y recorría el mundo casi con sola el alma, y había echado de sí toda afición desordenada, imitando la paz de las jerarquías angélicas, viviendo en la tierra vida de cielo y habitando con los querubines en las altas moradas, participando con ellos de aquellas místicas melodías, sobrellevaba sin pena todas las cosas, como si las padeciera en cuerpo ajeno: cárceles, cadenas, destierros, azotes, amenazas, muertes, pedreas, sumersiones y todo género de suplicios. Pero este mismo varón, separado de un hombre a quien amaba, experimentó tan grande perturbación, que salió sin pararse de aquella ciudad por

no haber hallado allí al amigo que esperaba. Testigo la ciudad de Tróade, que abandonó sólo por esto, porque no pudo mostrárselo allí entonces. *Como llegase a Tróade, dice, a causa del Evangelio de Cristo, y me hubiese abierto el Señor entrada favorable, no tuvo sosiego mi espíritu por no haber hallado allí a mi hermano Tito, y así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia* ²⁴. ¿Qué dices, Pablo? Atado a un leño, encarcelado, llagadas las espaldas por los azotes y bañado en sangre, catequizabas y bautizabas, ofrecías el sacrificio y no desechabas a un solo hombre que hubiera que salvar; y ahora, llegado a Tróade y viendo el campo desbrozado y limpio, alzado y binado, y dispuesto para la siembra, llena la era, y hallando facilidades para todo, ¿dejaste ir de las manos tanto fruto que con haber ido allá precisamente para esto —habiendo llegado a Tróade para el Evangelio; esto es, con el fin de evangelizar— y sin que nadie te estorbase —y habiéndoseme abierto la entrada—, no obstante, te retiras al punto? Sí, por cierto, dice; porque me invadió con tal tiranía la tristeza, me conturbó tanto la ausencia de Tito y me aplanó y venció de tal modo, que me obligó a proceder así. Pues que todo esto fue a causa de la tristeza, no necesitamos conjeturarlo, pues de su boca debemos oírlo. Porque la razón de su partida la expone él mismo con estas palabras: “No tuve sosiego para mi espíritu por no encontrar allí a Tito, sino que, diciéndoles adiós, partí de allí.”

12. ¿Ves cuán grande lucha es tolerar de buen grado y con paz el apartamiento de un amigo, y cuán sublime y valeroso ánimo requiere? Esta lucha estás tú luchando ahora. Mas cuanto mayor es la lucha, tanto más preciosa será la corona y espléndido el premio. Sírdate, pues, esto de consuelo en la tardanza, y juntamente que te habremos de ver colmada del galardón así merecido, coronada de imperial diadema en medio de la alabanza y aclamación universal. Porque los que aman no quedan satisfechos con la unión sola de los corazones, ni tienen esto por suficiente consuelo, sino que ansían, además, la presencia del cuerpo y, en faltando ésta, carecen de una gran parte de su gozo. Y también esto hallaremos ser así si vamos al alumno de la caridad, pues en aquella carta que escribió a los Macedonios dijo estas palabras: *Nosotros, hermanos míos, después de haber estado un poco tiempo separados de vosotros con el cuerpo, no con el corazón, hemos deseado con tanto más ardor y empeño volveros a ver; por eso*

quisimos pasar a visitaros, y en particular yo, Pablo, he estado resuelto a ello más de una vez; pero nos lo ha estorbado Satanás..., por lo cual, no pudiendo sufrir más el estar sin noticias vuestras, tuvimos por bien quedarnos solos en Atenas y os enviamos a Timoteo ²⁵. ¡Oh, cuánta fuerza encierra cada palabra!, pues manifestaba clarísimamente la ardiente llama que devoraba su pecho. Porque no dijo separados de vosotros, o apartados, o distantes, o ausentes, sino *orbati a vobis* (= huérfanos de vosotros, buscando un vocablo que fuera capaz de expresar su dolor. Pues con ser él el padre de todos, con todo, usa palabras de niños huérfanos y pupilos que han perdido a sus padres en la menor edad para indicar la tristeza que embarga su ánimo... Porque no puede pensarse cosa más acerba que la orfandad prematura, cuando ni la edad les ayuda para nada útil, ni hay hombres de buen corazón que quieran encargarse de su tutela y curatela, mientras se alzan de súbito muchos que les arman mil celadas, con ojos a su hacienda, porque se ven entregados, como ternos corderos, a carniceros lobos, que los hieran y desgarran del todo. No hay discurso capaz de explicar calamidad tan enorme. Por eso Pablo, habiendo mirado a todas partes en busca de palabra que indicase la soledad y acerbísima calamidad en que se hallaba su alma; al verse apartado de los que amaba, usó de esta palabra, y luego la exageró aún más por las siguientes. Huérfanos, dice, y no por un largo espacio de tiempo, sino muy breve (= *ad tempus horae*) ²⁵ (I Tess., 2, 17); y separados no en el espíritu, sino de vista sólo; pero ni aun así podemos sufrir el dolor que esto nos causa; a pesar del gran consuelo que nos produce la estrecha unión de nuestra alma, y el llevaros dentro del corazón, ni, finalmente, el haberos visto ayer y anteayer; no obstante, nada de esto nos libra de la tristeza. ¿Qué es, pues lo que desear; qué pides, qué anhelas con tanta vehemencia? Ver su mismo rostro. *Abundantius enim*, dice, *festinavimus faciem vestram vider* (= con mayor ardor nos damos prisa para ver de nuevo vuestro rostro) ²⁶. ¿Qué dices, oh varón grande y excelso? A ti, que llevas dentro al mundo crucificado y, a tu vez, estás crucificado para el mundo; que te has apartado de la carne y sangre y casi te has despojado del cuerpo, ¿te ha cautivado la caridad hasta tal punto que te ha hecho postrarte delante de una carne hecha del lodo de la tierra y que cae bajo humanos sentidos? Mucho, dice, y no me avergüenzo de confesarlo; antes de ello, me glorío, pues, teniendo en mi pecho el manantial de la caridad, madre de todos los bienes, no

exijo menos. Y no anhela sólo la presencia corporal, sino que ansía ver su rostro. *Con gran anhelo nos dimos prisa a ver vuestro rostro*, dice. ¿Conque su vista deseas y ardes en vivas ansias de mirar sus semblantes? Y con vehemencia, dice, porque allí están juntos en ellos los órganos de todos los sentidos. Porque una mera alma unida con otra alma no es capaz de decir ni de oír cosa alguna; mas si yo llego a gozar de su corporal presencia, podré yo hablar y escuchar a mi vez al que amo. Por eso deseo con gran vehemencia ver vuestro rostro, en el cual está la lengua que es la que produce la voz y expresa los sentimientos del alma, y el oído que recibe las palabras, y los ojos que reflejan los movimientos del alma, pues por medio de ellos se puede gozar mejor de la unión del alma amada.

13. Y para que veas cuánto es el deseo en que se abrasa de verlos, después de haber dicho: *nos dimos prisa con gran ardor*, no se contentó con esta frase, sino que añade: *in multo desiderio* (= *con gran deseo*). Y luego, no sufriendo ir mezclado entre los demás, después de haber dicho: *nos dimos prisa y deseamos ir a vosotros*, se salió de esta generalidad y, poniéndose aparte, dijo: *Yo, Pablo, en particular una y otra vez*, mostrando así que lo había deseado con más vehemencia que los demás. Luego, no habiendo logrado ir a verlos, no contento con enviar cartas, les envió, al fin, a su compañero Timoteo que hiciese las veces de carta; por eso añadió: *No sufriendome el corazón*²⁷. ¡Oh expresión enérgica y noble, que muestra una caridad incoercible, irrefrenable e irresistible! Y como un hombre abrasado de voraz incendio no deja piedra por mover, buscando algún respiro, así también éste encendido, sofocado, inflamado de la caridad, excogitó, como pudo y era hacedero, un rayo de consolación. No sufriendonos más el corazón, hemos enviado a Timoteo, ministro del Evangelio, compañero y ayudador nuestro, apartando de nuestra compañía un miembro tan necesario y cambiando tristeza por tristeza. Pues que él no sufría fácilmente su ausencia, sino que pasaba esta molestia por bien de ellos, claramente lo indicó con estas palabras: *tuvimos por bien quedarnos solos*. ¡Oh alma convertida en la caridad misma! Pues por la ausencia de un solo hermano dice que se ha quedado solo, teniendo consigo muchos otros.

14. **Galardón de la paciencia.** Piensa entre ti estas mismas cosas, y, cuanto mayor tormento te cause la separación, piensa que tanto

será también mayor el fruto si lo toleras de buen grado. Porque no sólo las heridas corporales, sino también los pesares del alma nos labran coronas sublimes sobre todo encarecimiento, y el dolor del alma más que el del cuerpo, cuando los heridos lo sufren con hacimiento de gracias. Pues así como alcanzarías grandísima recompensa si, desgarrándote y deshaciéndote el cuerpo a poder de azotes los sufrieses con generosidad y valentía, pregonando así la gloria de Dios, del mismo modo, sufriendo con paciencia esta ausencia, has de esperar por esto grandes premios. También quiero que esperes vernos de nuevo, quedando así libre de esta tristeza y alcanzando después y ahora de esta aflicción grande ganancia.

Y para alivio de tu aflicción esto te basta; más aún, no sólo a ti, sino a cualquiera otro, aunque fuera de corazón vil y de piedra. Pero donde tanta discreción hay, y de piedad tan gran tesoro, tan sublime virtud y un alma tan despreciadora de la mundana pompa, la curación de la enfermedad es mucho más fácil. Y así, muestra también en esto tu caridad para conmigo haciendo tanto caso de mis cartas como si me estuvieses oyendo en tu presencia. De lo cual darás clara muestra si vemos que nuestras cartas han hecho algún fruto, y no sólo alguno, sino tanto como deseamos. Y es nuestro deseo verte tan alegre como te veíamos estando ahí. Si esto llegamos a saber, recibiremos también nosotros no pequeña consolación de la presura y afán en que ahora estamos. Así, pues, si tienes interés en que vivamos tranquilos —y me consta que en gran manera lo desear y procuras—, haz que recibamos noticias de que has despedido de ti esa nube de tristeza y gozas de perfecta tranquilidad y paz, y págame así mi benevolencia para contigo. Porque no se te oculta; por cierto, no ignoras, repito, cuán grande consuelo y alivio me proporcionarías si así lo hicieres y nos avisares de ello por cartas.

-
1. I Cor., 5, 1.
 2. I Cor., 5, II.
 3. I Cor., 5, 5.
 4. I Cor., 5, 2.
 5. 2 Cor., 7, II.
 6. 2 Cor., 2, II.
 7. Mt., 24, 29.
 8. I Cor., 7, 34.
 9. Mt., 25, 34.
 10. Is., 3, 16; 18, 24.
 11. Luc., 20, 35.
 12. Mt., 19, 12.
 13. Job., 1, 1.
 14. Job., 6, 7.

15. Job., 30, 10.
16. Job., 1, 21.
17. Eccli., 19, 27.
18. Ephes., 4, 30.
19. Is., 3, 16.
20. Is., 3, 16.
21. Mt., 18, 6.
22. I Cor., 12, 57.
23. Amos., 8, II.
24. 2 Cor., 2, 12, 13.
25. 2 Thess., 2, 17, 18 y c. 3, 1, 2.
26. I Thess., 2, 17.
27. I Thess., 3, 1.

CARTA III

La escribió desde Cucuso el año 404, y es la más larga y elocuente de todas. Lo que en esta carta pretendo, dice el Santo, es no sólo quitarte la tristeza, sino proporcionarte grande ánimo y alegría, lo cual es fácil con tal que tú quieras, porque la alegría y el valor del alma no depende de las leyes naturales, sino de los libres pensamientos del alma, que está en nuestras manos gobernar y regir.

Hay muchos ricos tristes y muchos pobres alegres, como en nuestras conversaciones te dije con frecuencia. Pero es precioso que practiques mis consejos; si no, nada consigues y la culpa es tuya, como sucedió a los judíos con el Salvador (Jn., 15, 22; y Mt., 23, 37, 83.) Explica la naturaleza de la tristeza, que es polilla no sólo de los huesos, sino aun de la mente, y carcoma que roe no sólo el cuerpo, sino también el alma, y horribles tinieblas, en las cuales se vuelve noche el mediodía. (Amos., 8, 9.)

Pruébalo con ejemplos de los dolores de Eva y de sus hijas. Es más terrible que la muerte, y ésta lo es tanto, que: *a*), se da por castigo a los sacrilegios (I. Cor., II, 30); *b*), la temió mucho Abraham al penetrar en Egipto (Gen., 12, 12, 13); *c*), Elías (3. Reg., 19); *d*), a pesar de que la vemos cada día, siempre nos consterna y aterra, porque viene como ladrón cuando no la esperamos (Mt., 24, 44 y Apoc., 3, 3). ¿Quién no se consterna al ver muerto a un hombre que ayer mandaba y triunfaba, etc.?

Pues más terrible es la tristeza: *a)* Abatidos de ella, no quisieron los hebreos escuchar a Moisés, que les anunciaba de parte de Dios la liberación de su cautiverio (Exod., 6, 9). *b)* Como el mayor de todos los castigos la puso Dios (Deut., 28, 75). *c)* Tristeza de los Apóstoles (In., 16, 5, 6). *d)* Elías (3. Ref., 19, 3, 4) deseó la muerte para librarse de la tristeza. *e)* Y lo mismo Jonás (Jon., 4, 3). *f)* Y David (Ps., 38, 2-5). *g)* Inmensas coronas para el padecer más que para el hacer. *h)* Compara la benignidad de Job con su paciencia y dice que ésta es más meritoria (Job, 31, 32; 29, 15, 17; 31, 31). Ven ahora conmigo a contar sus calamidades (Job, I, 9; 6, 8). *i)* Sin trabajo ninguna virtud merece alabanza. Lázaro ganó mucho con sólo padecer. *j)* Cada uno recibirá el premio según su trabajo. (I. Cor., 3, 8). *k)* San Pablo más mereció padeciendo que haciendo (2. Cor., II, 23-30). *l)* Realizar alguna hazaña con sufrimientos es de más mérito que hacerla sin ellos. Pruébalo comparando a Nabucodonosor con los Apóstoles (Dan., 3, 96-100). *ll)* A los repetidos ruegos de Pablo para que lo librase de sus sufrimientos no quiso Dios acceder: *Bástate mi gracia* (2. Cor., 12, 9). Sus coronas, porque por tres años no cesó de amonestar ni de día ni de noche *con lágrimas* a los de Efeso y Mileto (Actos, 20, 31).

Inmensos premios merecidos por Olimpia a causa de sus múltiples y continuas calamidades, sufridas desde su niñez y durante toda su vida. Prueba lo mismo por sus sufrimientos que el patriarca José tuvo que soportar de sus hermanos y de la Egiptia, por las calumnias y por la sucia y tenebrosa cárcel; mas le admira en ella que cuando, sentado en el trono de Egipto y vestido de oro y pedrería repartía el trigo y era el refugio de todo el mundo, y Dios, para que brillase más la virtud del joven, permitía que se sucediesen peligros a peligros, pruebas a pruebas, y lo toleraba todo con infinita magnanimidad. Porque a la envidia sucedió la calumnia, y a la calumnia el tormento, y al tormento la esclavitud. Y no pases de largo esta prueba, porque fue muy dura, en país extraño y

entre gente bárbara, para un joven muy querido de sus padres y criado con regalo en una casa rica y abastada de todo. Mas no pararon aquí las desgracias, sino que, después de haber tenido aquellos sueños de grandeza y de gloria, se vio sumido en la mayor miseria, vendido, calumniado y cargado de cadenas en horrorosa cárcel. Con una amplificación elocuentísima describe luego muy detallada la terrible tentación de que fue objeto de parte de su señora y su insigne victoria.

Pero ¿qué consiguió con ella, qué premio le dieron? Nuevas injurias y atentados, nuevos abismos de malicias, y muertes, y peligros, y calumnias, y odio necio e inicuo, porque a una pasión siguió otra pasión, y a los deseos impuros, la ira y la venganza; y es condenado aquel varón eximio que merecía mil coronas.

Y, no obstante, en medio de tantas calamidades, no piensa en sus injuriadores, ni recuerda sus ofensas, sino que estaba tan radiante de alegría, que despenaba a los tristes compañeros que halló en la cárcel, y al vaticinarle su liberación, a uno de ellos le rogó que se acordase de él delante del rey; pero aquél olvidó, ingrato, el beneficio, y, mientras él disfrutaba en el palacio, seguía José en la cárcel. ¡Providencia de Dios amorosa, que dilataba la lucha para multiplicar las coronas! Pero en medio de los trabajos Dios le guarda y le cuida, y no permite a la ira de sus hermanos, ni a la de Putifar ofendido, que le quiten violentamente la vida.

Desecha, pues, la tristeza y espera en la infinita magnanimidad de Dios y no ceses de cantar su gloria.

Ni los cuerpos que han estado luchando con fiebres graves se reponen en un momento, ni las ondas del mar, agitadas por el ciclón, recobran de súbito su tranquilidad, sino poco a poco. Pues así como aquellos necesitan larga convalecencia para restablecerse, despidiendo la debilidad que la enfermedad les causara, así también éstas, calmados los vientos, siguen agitándose aún algún tiempo y ludiendo unas con otras con grande ímpetu, hasta que, pasado algún tiempo, sobreviene la completa bonanza.

1. El comenzar a escribirte con este exordio no creas que es sin razón; es para que entiendas que te escribo ésta impulsado por la necesidad. Pues aunque por las anteriores logremos deshacer la tiránica tristeza echándola del alcázar en que se había encastillado, necesito, sin embargo, insistir mucho en mis razonamientos para proporcionarte tranquilidad completa y, que borrado el recuerdo de las turbaciones que te causó aquella angustia, disfrutes de una cándida y segura paz y pases la vida en grande animación y alegría. Porque eso es lo que ahora pretendo, y en esto pongo todo mi empeño, no sólo en quitarte la tristeza, sino en colmarte de un grande y perfecto gozo y placer, y esto es fácil con tal que tú quieras. Porque la alegría y el valor del alma no dependen de las leyes naturales, que son incontrastables e inmutables, sino de los libres pensamientos del alma, que está en nuestro arbitrio moderar y regir. Ya recordarás las muchas y largas conversaciones que no hace mucho teníamos cuando traía yo y te contaba a este propósito varias historias. Porque muchos que nadaban en la abundancia tuvieron esta vida por pesada y acerba, mientras otros que vivían en estrechez y pobreza vivían tranquilos y en dichosa paz; aquéllos, rodeados de muchos amigos y servidores y encumbrados a las más altas honras y dignidades, maldecían su suerte; y estos otros, en cambio, de oscuro linaje y desconocidos de todo el mundo, se tuvieron por más dichosos que otros muchos, porque (no me cansaré de repetirlo) la tranquilidad y la paz no dependen de la naturaleza de las cosas, sino del ánimo y juicio de los hombres; no te apures, pues, sino ten grande ánimo y confianza; atiende a mis consejos y echa tú también una mano para que consigamos que salgas de la dura esclavitud de tus pensamientos. Porque si no pones tú de tu parte tanto como yo de la mía, será de poco provecho la cura. Y que a mí me suceda esto nada tiene de extraño, pues el mismo potentísimo Dios, cuando aconseja o amonesta, si no le hacen caso los oyentes, sino que le desobedecen, el mal es para ellos, que se acarrean mayores castigos, como nos lo enseñó Cristo en estas palabras: *Si yo no hubiera venido y no les hubiera predicado, no tendrían culpa de no haber creído en mí; mas ahora no tienen excusa de su pecado*¹. Y por la misma razón, cuando lloró sobre la indócil Jerusalén, dijo estas palabras: *Jerusalén, Jerusalén, que matas los profetas y apedreas a los enviados de Dios. ¿cuántas veces he querido reunir a tus hijos y tú no has querido?*².

2. **Consuela a la afligida; explica la naturaleza de la tristeza; es castigo de Eva.** Cierta, pues, como estás de estas cosas, señora mía religiosísima, trabaja y lucha con valor, haciéndote violencia y acudiendo a los remedios que te he indicado; arroja y lanza muy lejos de ti aquellos pensamientos que te turban y levantan tanto oleaje y tan gran borrasca. Que serás dócil y practicarás lo que te aconsejo, nadie lo duda; lo urgente es suministrarte armas, prepararte espadas y lanzas, arcos y flechas, corazas y escudos y fuertes botas con que no sólo te protejas y defiendas, sino que eches por tierra, cortes y deshagas esos pensamientos que te intranquilizan y perturban. Mas ¿de dónde sacar máquinas y hondas con que no sólo ahuyentes a los enemigos, sino que los rechaces y arrojes lo más lejos posible? –De la misma manera–. ¿Cómo? Estudiando su naturaleza y demostrando cuán grave cosa es, cuán molesta y dañosa. Porque la tristeza es el tormento del alma, es un dolor inenarrable y el suplicio mayor de todos los suplicios; semejante a la pestífera carcoma, no sólo roe el cuerpo, sino que extiende su estrago hasta la misma alma; polilla es no sólo de los huesos, sino de la mente, y verdugo perpetuo que no sólo traspasa el pecho, sino que consume las fuerzas todas del alma; noche sin fin, horribles tinieblas, tempestad y borrasca; guerra sin tregua ni cuartel; ceguera que impide ver las cosas que están delante de los ojos. Pues a los que adolecen de esta enfermedad hasta el sol y el aire les molesta, y el pleno día se les vuelve profunda noche. Por esto dijo aquel eximio profeta: *A mediodía se les pondrá el sol*³; no porque se oculte aquel astro o se interrumpa su ordinario curso, sino porque al corazón triste y afligido el más claro día le parece noche. Porque no son tan espesas las tinieblas de la más oscura noche como las de la tristeza, la cual es noche; pero no lo natural, que comienza con la puesta del sol, sino la que forma la oscuridad de la razón y la mente, horrenda a la verdad e intolerable, que tiene un semblante feroz más cruel que todos los tiranos; y con gran dificultad cede a nadie que intente disiparla, pues al alma que coge, si ella no procede con mucha discreción, no la suelta, sino que la tiene asida más fuerte que un diamante.

3. Mas ¿a qué detenernos en largos discursos cuando podemos recurrir a los que fueron presa de ella y en ellos podremos ver sus enormes fuerzas? Pero, si te parece, demostrémoslas antes por la razón. Cuando Adán cometió aquel grave pecado que trajo la condenación a todos los hombres, solamente fue condenado a trabajar: *Con el*